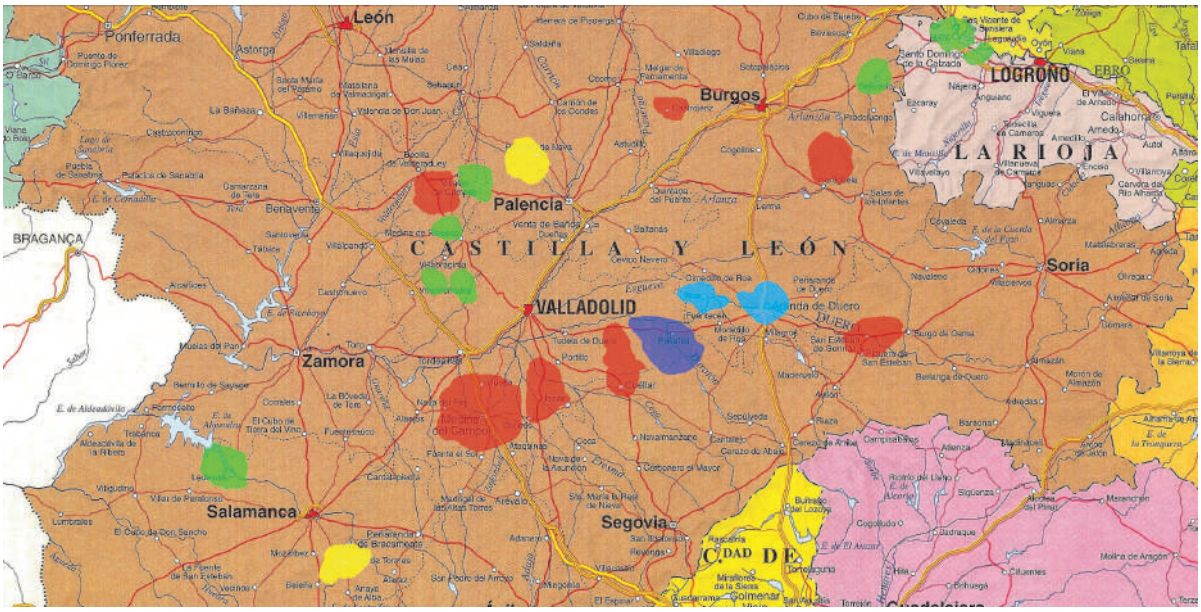
El sueño de Peñafiel

Jesús DE LA VILLA POLO
jesus.delavilla@uam.es



Posesiones de Juan de Aragón en Castilla y La Rioja.

Pensando en el Príncipe de Viana y su tiempo, un título como el "sueño de Peñafiel" se refiere a tres realidades diferentes: el sueño del padre del Príncipe, Don Juan de Aragón, de llegar a ser rey de Castilla y cómo Peñafiel fue uno de los baluartes en el intento; pero también hace alusión a cómo podemos recuperar Peñafiel, como en un sueño, tal y como era en 1421, el año en que Carlos de Viana nació allí; finalmente, es el sueño de quien esto escribe de que alguno de los lugares y edificios que existían entonces y todavía existen, pero están abandonados o mal cuidados, como lo que fueron en su día potentes murallas de la villa, puedan algún día ser recuperados y constituir un nuevo atractivo para sus habitantes y para quienes visiten Peñafiel.

En este trabajo me voy a ocupar de cada uno de estos aspectos y trataré de responder a tres preguntas que ahora anticipo: por qué fue Peñafiel el lugar donde nació el PríncipeCarlos de Viana; en segundo lugar, cómo era Peñafiel en 1421; y, finalmente, al hilo de la cuestión anterior, qué queda hoy en día de aquello.

Peñafiel, un lugar fundamental para Juan de Aragón

La figura de Juan de Aragón, que llegó más tarde, tras la muerte de su hermano mayor Alfonso, a ser rey de Aragón con el título de Juan II, es suficientemente conocida como para que tengamos que glosarla aquí. Pero no carece de interés saber más algo sobre él en relación al nacimiento de su hijo en Peñafiel en 1421.

Debemos recordar que Juan era el hijo segundo de Fernando de Antequera, infante de Castilla, que había sido elegido como rey de Aragón en 1412. Era Juan, por tanto, sobrino carnal del rey de Castilla Enrique III. Su madre era Leonor de Alburquerque, también de la casa real de Castilla, pues era hija a su vez del infante Sancho de Castilla, tío abuelo de su marido, así como de la infanta Beatriz de Portugal. Leonor era conocida como "la ricahembra de Castilla", por la inmensa cantidad de señoríos y posesiones que le pertenecían.

Cuando el padre de Juan se convierte en Fernando I de Aragón y pasa a vivir en su nuevo reino, cede todas sus posesiones en Castilla a su hijo segundo, Juan, el padre del Príncipe de Viana, mientras que su hijo mayor Alfonso, se queda en el nuevo reino como heredero. Juan, a la vez que recibe los bienes paternos, se hace cargo también de las posesiones de su madre, lo que le convierten, con mucho, en el señor más poderoso del Reino de Castilla.

De su madre recibió villas y tierras inmensas en Extremadura, como el Señorío de Alburquer-

que, la villa de Medellín y los lugares de La Codosera y Alconétar. En La Rioja, se convierte en señor de Haro y Briones. Y, entre ambas regiones, en Castilla hereda las villas de Villalón, Urueña, Ledesma, Montealegre de Campos, Villagarcía de Campos y el lugar de Cerezo del río Tirón. Solo estos bienes, heredados de su madre, habrían hecho de él por un gran señor en el reino. Pero lo que su padre le cedió era aún más: el Señorío de Lara, el Ducado de Peñafiel, el Señorío de Cuéllar, el Condado de Mayorga de Campos, San Esteban de Gormaz y Castrojeriz. A todas estas posesiones el propio Juan de Aragón unió, a lo largo de su vida, lugares de la importancia de Medina del Campo, donde había nacido, Olmedo, Roa, Aranda de Duero, Paredes de Nava y Alba de Tormes.

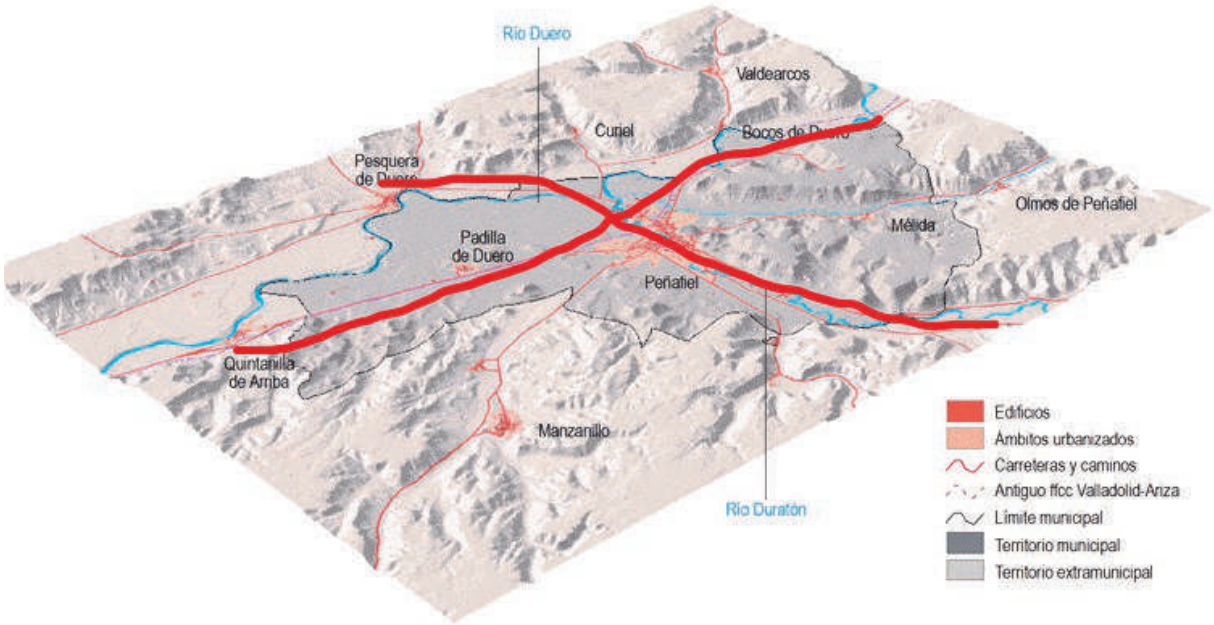
Ningún otro señor de Castilla podía compararse con él. Además, sus hermanos Enrique y Sancho eran, respectivamente, maestres de las poderosas órdenes de Santiago y de Alcántara.

En estas condiciones era inevitable que Juan de Aragón hiciera valer en Castilla todo su poder, influencia y prestigio. Y empezó a intervenir activamente en las cuestiones del reino desde el mismo momento en que se vio señor de tanto poder, sobre todo porque la corona de Castilla estaba en manos de un niño, su primo carnal, Juan II de Castilla, que contaba apenas con siete años.

No es el lugar para relatar aquí con detalle las acciones y proyectos de Juan de Aragón, que terminaron, finalmente, de forma desastrosa treinta años después, en 1445, cuando fue definitivamente derrotado por su propio primo, el rey legítimo de Castilla, el mencionado Juan II. Pero hay dos datos que nos son de importancia en el recuerdo de la efeméride del nacimiento de Carlos de Viana en 1421 y en los que sí debemos detenernos.

El primero es la desmedida ambición de Juan de Aragón por ampliar su influencia y poder. Dentro de esta política, fue un hecho muy importante de que contrajera matrimonio en 1420 ni más ni menos que con la heredera del trono de Navarra, Blanca de Navarra. Como resultado, cuando en 1425 murió Carlos III de Navarra, padre de Blanca, esta recibió la corona y el propio Juan pasó a denominarse Rey de Navarra, pues lo era como consorte. Este título le concedía aún mayor prestigio y le permitía tratar de igual a igual al rey de Castilla, su primo. El mantenimiento de este título será una de las causas principales del enfrentamiento con su hijo Carlos, cuando este se convierta en el heredero natural a ser rey de Navarra a la muerte de su madre Blanca, en 1441. Juan nunca aceptó ser apeado del tratamiento real y del poder territorial que le confería.

El segundo dato tiene que ver con Peñafiel. Juan había recibido de su padre, como hemos dicho, el señorío de Peñafiel con el título de Duque. No era, en principio, el título de mayor abolengo de los que recibió, pues el Señorío de Lara era más antiguo y estaba ligado a los primeros años del Condado y luego Reino de Castilla. Sin embargo, en términos de localización y riqueza, Lara no podía compararse a Peñafiel. Por otro lado, el señorío sobre Peñafiel era algo muy querido para toda la familia Trastámara: la mujer del fundador de la dinastía, Juana Manuel, casada con Enrique II de Castilla, era hija del Infante Don Juan Manuel. La autoridad sobre Peñafiel, venía por tanto de 140 años atrás y fue transmitida como un bien



Peñafiel en la encrucijada de dos grandes rutas.

Peñafiel: el castillo y restos de las murallas (hacia 1950).

patrimonial por Juana Manuel a su hijo Juan I de Castilla y este a su hijo Fernando de Antequera, luego rey de Aragón, como hemos dicho, hasta recaer finalmente sobre Juan de Aragón con el título de Duque. Era sin duda una herencia muy valorada y no debe extrañar, por tanto, que Juan habitara muy frecuentemente su villa de Peñafiel y que incluso aquí naciera su hijo primogénito, Carlos de Aragón y Navarra, más tarde Príncipe de Viana.

Pero no era su cariño hacia Peñafiel lo único que le atraía del lugar. La villa reunía, frente a otras muchas de sus posesiones, unas condiciones óptimas para su política y ambiciones.

En primer lugar, está situada en un lugar estratégico: en la zona central de las tierras septentrionales del Reino de Castilla, ese amplio círculo que abarca Segovia, Burgos, Palencia, Valladolid, Medina y Ávila. Es la zona donde se cruzan los intereses familiares de los Trastámara y de las principales casas nobles durante una gran parte del siglo XV. Peñafiel está situada en una posición muy central dentro de esta zona. Pero, por otro lado, está bien comunicada, en un cruce importante de caminos que llevan, en dirección Este-Oeste, a lo largo del todo el valle del Duero y, en dirección Norte-Sur, siguiendo una ruta que empieza en Somosierra y que, por el valle del Duratón, tras atravesar el Duero por Peñafiel precisamente, lleva hacia el Norte, hacia la Tierra de Campos. Finalmente, la villa está situada más cerca de la Rioja, donde Juan tenía también amplios intereses, como hemos dicho, que otras importantes propiedades de Juan de Aragón, como Medina u Olmedo, y, sobre todo, y más cercana a la frontera aragonesa y navarra, donde Juan podía buscar fácil refugio en caso de tener que retirarse en su enfrentamiento perpetuo con el rey de Castilla.

Pero hay un último aspecto que también hacía muy atractiva Peñafiel como lugar de residencia: su enorme fortaleza en términos militares. En efecto, situada entre la peña del castillo y el río, protegida por el impresionante castillo, prácticamente inexpugnable, y rodeada de fuertes murallas, que el Infante Juan Manuel había mandado restaurar y reforzar un siglo antes, Peñafiel ofrecía unas condiciones de protección y defensa para Juan y su familia que difícilmente ofrecía ninguna de sus otras villas y señoríos castellanos.

Todas estas circunstancias justifican que fuera Peñafiel el lugar donde Juan de Aragón decidió que su mujer Blanca pasara su último período de gestación y donde naciera su hijo, el que sería Carlos de Viana.

El Peñafiel de 1421

La villa de Peñafiel era en 1421 un lugar próspero. Bien protegida, como se ha mencionado, con provisión de agua sobrada, gracias al Duratón, alojaba entre su recinto amurallado y su arrabal una población que puede calcularse en unas 3500 almas. Su economía era de base agrícola y ganadera, con el ganado ovino como elemento principal, pero con amplias zonas de cereal y de viñedo. Además, contaba con importantes huertas, lo que aseguraba el suministro de verduras y frutas frescas, y con abundantes pinares, lo que le proporcionaba más que suficiente de combustible para los hogares y hornos. Finalmente, la presencia de un río como el Duratón permitió que hubiera desde tiempos muy remotos un número notable de molinos, hasta seis, fundamentales para la transformación del cereal.

Pero también era Peñafiel un centro comercial de cierta importancia, con dos ferias anuales reconocidas desde la época de Fernando III, en el siglo XIII, y con mercado todos los jueves, en una tradición que se ha conservado hasta el día de hoy.

La antigua iglesia de San Salvador de los Escapulados (hacia 1930). Desaparecida.

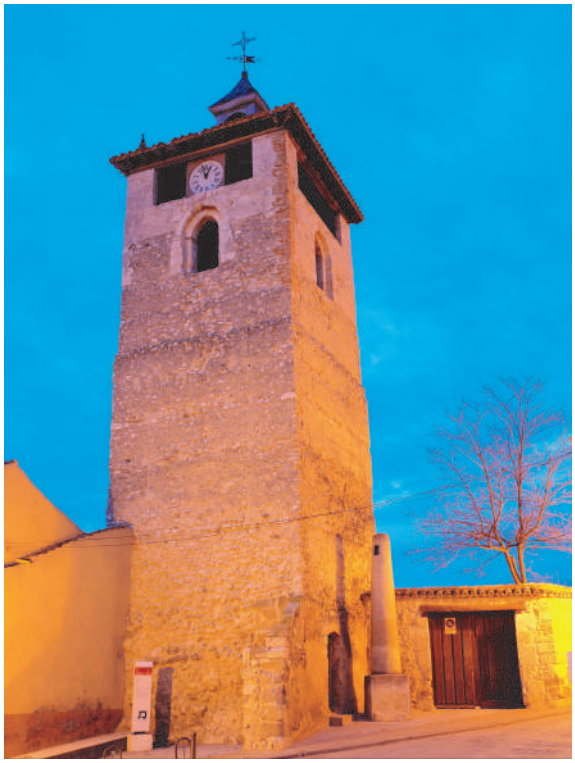
Internamente la vida de la villa se organizaba por parroquias. Tenemos noticia, en diferentes momentos históricos, de hasta once o doce parroquias y una o dos ermitas. Entre las iglesias, la principal siempre fue Santa María de Mediavilla, que todavía se conserva, y, en segundo lugar, San Salvador de los Escapulados, que se mantuvo en pie hasta 1960, aproximadamente. Otras eran San Salvador de Reoyo, San Esteban, Santa María la Pintada, San Juan, San Vicente, Santa Marina, Santa Olalla, San Andrés, San Pedro y Santiago; San Lázaro quizá fuera una ermita extramuros y lo era también San Miguel. Aparte de esto, había dos importantes monasterios, uno de la Orden de San Francisco, a las afueras del pueblo, en el arrabal, y otro de dominicos, el convento de San Juan y San Pablo, fundado por Don Juan Manuel y alojado en lo que en otro tiempo fue alcázar real.

La entrada principal del pueblo se hacía por el puente sobre el Duratón, que permitía el acceso a la villa por el arco fortificado llamado Torre del Agua. Fuera de las murallas, al otro lado del puente, estaba el gran arrabal, que poseía parroquia propia, San Fructuoso, y que se articulaba en torno a una gran plaza, el hoy llamado Mercado Viejo, donde se celebraban los mercados y las ferias. En la orilla del río había importantes tenerías, de lavado de lana.

Un barrio separado, pero intramuros, lo constituía la judería. Situada entre la plaza mayor y el río, en la parte NO de la villa; se cerraba con respecto al interior del recinto amurallado por sus propios portillos y tenía salida independiente al exterior por medio del llamado Arco de la Judería, de tal manera que los judíos podían acceder directamente al agua del río. Esta judería fue próspera y hay testimonios documentales muy interesantes de su importancia; de esta judería llegó salir uno de los rabinos mayores de Castilla.

Pero los edificios principales no eran solo eclesiásticos. También había, al menos, dos edificios civiles de una cierta relevancia: uno era las habitaciones del antiguo alcázar, luego convento de dominicos, que Don Juan Manuel había reservado para sí al hacer la cesión del convento y que fue utilizado por la reina Da. Juana Manuel y sus sucesores. Según las crónicas, fue en este lugar donde nació el Príncipe de Viana.

Por otro lado, en la parte más alta de la población, junto a la iglesia de San Esteban, se construyó un edificio palaciego, bien en la época de Fernando de Antequera, antes de ser rey de Aragón, bien ya en la época de Juan de



Torre de la antigua iglesia de San Esteban (s. XII).

Aragón, el padre del Príncipe. Este edificio, que llegó en unas condiciones bastante aceptables hasta los años 70 del siglo XX, convertido en el Hospital de la Santísima Trinidad, fue desmantelado para construir el actual Auditorio Municipal y solo se ha conservado, como testimonio último, una parte de su antigua fachada, con su puerta gótica, y un escudo muy gastado, en el que parecen intuirse las barras de Aragón.

El resto de las edificaciones eran casas de piedra y adobe, sustentado en entramado de madera, como las que todavía se conservan. De la concentración de la población dentro de las murallas es testimonio el hecho de que se llegaran a construir casas de hasta tres pisos, para dar alojamiento a una población cuyo número fluctuaba entre momentos de crecimiento y otros de disminución, sobre todo a causa de las epidemias.

La imagen de las estrechas calles del pueblo podemos reconstruirla en parte si leemos las ordenanzas de Don Juan Manuel, dadas a la villa en 1345, en las que se habla de carnicerías, pescaderías, tabernas y diversos tipos de establecimientos comerciales. Por ellas pulularía, como en las demás poblaciones medievales, una muchedumbre abigarrada en la que dominarían los agricultores y artesanos, con solo algunas familias destacadas, las que se convertirían más adelante en las casas hidalgas de la villa.

Entrada tapiada al antiguo alcázar (s. XIII). Lugar donde nació probablemente Carlos de Viana.

Así era el Peñafiel que el 29 de mayo de 1421 vio nacer a Carlos de Viana. Este lugar próspero y bien situado se convirtió en uno de los baluartes de Juan de Aragón en su largo enfrentamiento con su primo Juan II de Castilla. No es de extrañar, por tanto, que éste decidiera arrebatárselo a Juan de Aragón cuando estallaron las hostilidades abiertas. En 1429 Juan II de Castilla, acompañado de su favorito, D. Álvaro de Luna, asedió Peñafiel, que estaba defendida en nombre de Juan de Aragón por el hermano de este, el infante D. Pedro y por el Conde de Castro. Tras varios días de ataques, cuando una parte de las murallas había caído, los atacantes penetraron en la población. Sin embargo, el castillo resistió. Finalmente, viendo la imposibilidad de conquistarlo, las tropas reales pactaron con los defensores la salida de estos, pero portando todo sus armamento y caballerías. Es decir, fue una cesión honrosa de una fortaleza que difícilmente habría sido conquistada por la fuerza.

No acabó aquí, sin embargo, la relación de Juan de Aragón con Peñafiel. Pocos años después, gracias a la mediación de su hermana María, que estaba casada precisamente con su gran enemigo Juan II de Castilla, se pactaron treguas y Juan volvió a ser señor de Peñafiel. Al poco tiempo, sin embargo, se reanudaron los enfrentamientos, que acabaron en 1445 en la batalla de Olmedo, que representó la derrota definitiva de los infantes de Aragón, con Juan a la cabeza e, incluso, la muerte de uno de ellos, Enrique, Maestre de Santiago.

De estas guerras quedó en Peñafiel un último testimonio: el barrio y la plaza del Coso, conocido tradicionalmente en el pueblo como el Corro. En efecto, la zona en que se habían producido más destrucciones como resultado del asedio y ataques de 1429 se reconstruyó y se conoció mucho tiempo como el Barrio Nuevo. Como elemento articulador de este barrio se dejó el espacio abierto de la gran plaza que debía servir tanto para vivienda, como para tratos comerciales y para festejos y juegos de toros. La plaza del Coso, por tanto, no existía, con toda probabilidad, cuando nació Carlos de Viana en 1421, pero sí es un testimonio del paso de su familia por la villa y todavía hoy es, probablemente, el hito urbanístico más importante de la población.

Lo que queda de aquel tiempo

Para concluir, preguntémonos qué queda hoy de todo aquello, de lo que pudieron ver los ojos infantiles de Carlos de Viana y lo que vieron sin duda sus padres, Juan de Aragón y Blanca de Navarra. La respuesta es que queda más de lo que podríamos pensar, pero menos, mucho menos, de lo que nos habría gustado.

Queda en buen estado el castillo, desde luego, aunque no en la forma que tenía en época de Juan de Aragón, sino en la que le confirió Don Pedro Girón unos decenios más tarde, al reconstruir las ruinas que había provocado su ocupación por las tropas reales y su desmantelamiento parcial para evitar que ningún otro enemigo del rey pudiera atrincherarse en él.

Queda bastante transformada solo una de aquellas once o doce parroquias medievales: Santa María, que, a pesar de los cambios y añadidos de los siglos posteriores, conserva básicamente su planta de tres naves y sus bóvedas góticas. Se mantienen también los restos de otras dos parroquias: el ábside románico y el muro de los pies de San Salvador de Reoyo, actual parroquia bajo la advocación de San Miguel, y la torre también altomedieval de San Esteban, la popular Torre del Reloj.

Se conservan unas pocas ruinas, apenas sombra de lo que fue, del convento de San Francisco, mientras que San Pablo, el lugar probable del nacimiento de Carlos de Viana, se mantiene en pie y en buen estado, con importantes restos de lo que era en 1421.

Apenas quedan unos pocos restos del otro edificio civil mandado construir por los Trastámara, en el actual Auditorio, como se ha dicho. Pero quedan importantes vestigios de las en otro tiempo fuertes murallas. Sin embargo, ocultas muchas veces por nuevas edificaciones, en

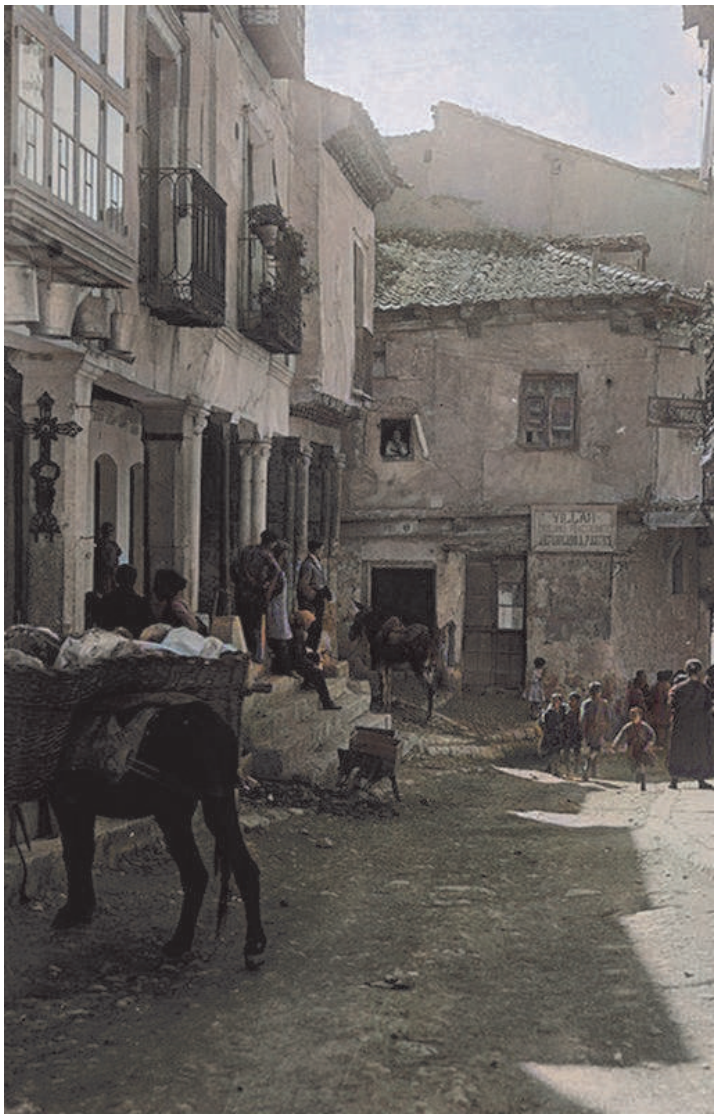


Imagen tradicional de Peñafiel, no muy distinta a lo que sería en la Edad Media. Calle de la Judería (1925).

lamentable estado de abandono en otros casos, el circuito completo, que podría recuperarse en gran medida, espera todavía un plan general que acometa la conservación de lo existente y la recuperación, por medio de hitos o señales, de lo que fue todo el cerco que tan poderosa hizo a la villa de Peñafiel.

Y conservamos, naturalmente, la trama urbana, básicamente la misma de 1421, salvo el añadido ya mencionado del barrio del Coso. La Plaza Mayor, la de Reoyo y la del Salvador, la Calle Derecha como eje articulador de todo el conjunto y las estrechas callejas que salen de ella bajando hacia el río o subiendo por la cuesta del castillo.

Y queda, finalmente, el recuerdo, renovado en este año de 2021, del nacimiento en nuestra villa de una figura de la importancia histórica y las resonancias románticas de Carlos de Viana, una figura que ha servido, además, para acercarnos y sentirnos afines a otras importantes poblaciones navarras, como Olite, Viana o Tafalla. Mucho nos unió y mucho nos une.

El autor es el Director del Museo Comarcal de Peñafiel

Ábside mudéjar (s. XIV) del convento de San Juan y San Pablo, construido sobre el alcázar.